Sala de espera

Liuba Kogan 11/10/13

Jefa del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad del Pacífico

Hace poco me tocó esperar durante más de cinco horas a un médico cirujano en la sala de espera de una clínica. En la misma situación estaba un grupo de mujeres cuyas edades fluctuaban entre los 30 y 75 años. Luego de mirarnos tímidamente durante un buen rato, empezamos a conversar y finalmente a reír a mandíbula batiente.

Fue interesante y grato descubrir en ese pequeño espacio, cómo las mujeres formamos rápidamente una compacta hermandad. Para empezar todas queríamos terminar con la consulta médica lo más rápido posible con el fin de seguir con nuestras ocupaciones: la enfermedad no era un lugar de llegada sino uno de partida, porque habíamos dejado tareas pendientes y queríamos salir corriendo a seguir laborando: signo de los tiempos: mujeres polifacéticas y apuradas.

Por ello, sentíamos la sala de espera como un lugar de paso: enfundadas con tabletas y teléfonos inteligentes, seguíamos contestando correos, coordinando actividades y revisando documentos. Hablábamos entre nosotras y trabajábamos tan fluidamente que llenamos el espacio silencioso y frío de risas y complicidad: expulsamos el tedio de la espera con gran soltura. Finalmente, lográbamos ser exitosas “terceras mujeres”; es decir, una combinación feliz entre la “primera mujer” (el ama de casa tradicional) y la segunda (la mujer autónoma y trabajadora). Allí estábamos riendo a pesar de los problemas, porque teníamos tantos intereses personales, que los problemas de salud quedaban reducidos a incidentes con los que había que lidiar.

Mientras socializaba con mis nuevas amigas, recordaba los consultorios médicos de antaño y sus revistas amarillentas, sustituidas por todo tipo de aparatos electrónicos de uso individual. A lo lejos observábamos a otros pacientes acariciando sus teléfonos celulares como obedeciendo esa foto de antaño siempre presente en los consultorios médicos, que representaba a una enfermera pidiendo no hacer ruido con el índice cerca a sus labios.

No era ese nuestro caso, nosotras rompíamos el silencio y la distancia conversando y disipando tensiones, feminizando el ambiente, al punto que los pocos hombres que acompañaban a sus parejas fueron tácitamente expulsados del ambiente.

Ese aquelarre fue posible porque encontramos un tema en común: nada más ni nada menos que la farándula local, el maravilloso mundo de “Chollywood”. Desfilaron por nuestra conversación vedettes, cantantes, futbolistas y participantes de programas de concursos. Criticamos las cirugías estéticas, los labios hinchados de botox, el mal gusto en la vestimenta y los programas juveniles: no quedó títere con cabeza. Curiosamente, este “star system” local que tanto criticamos forma parte de una mitología compartida que nos ayuda a organizar y materializar todo un sistema de símbolos que nos vinculan como sociedad, así como el futbol en el caso de los hombres. Al parecer, necesitamos de narrativas que nos solo nos unan sino que nos ayuden a entendernos como una comunidad de sentimientos y emociones.

Una a una desfilamos rápidamente hasta el consultorio, no nos demoramos conversando con el médico y salimos corriendo para seguir con la vida.